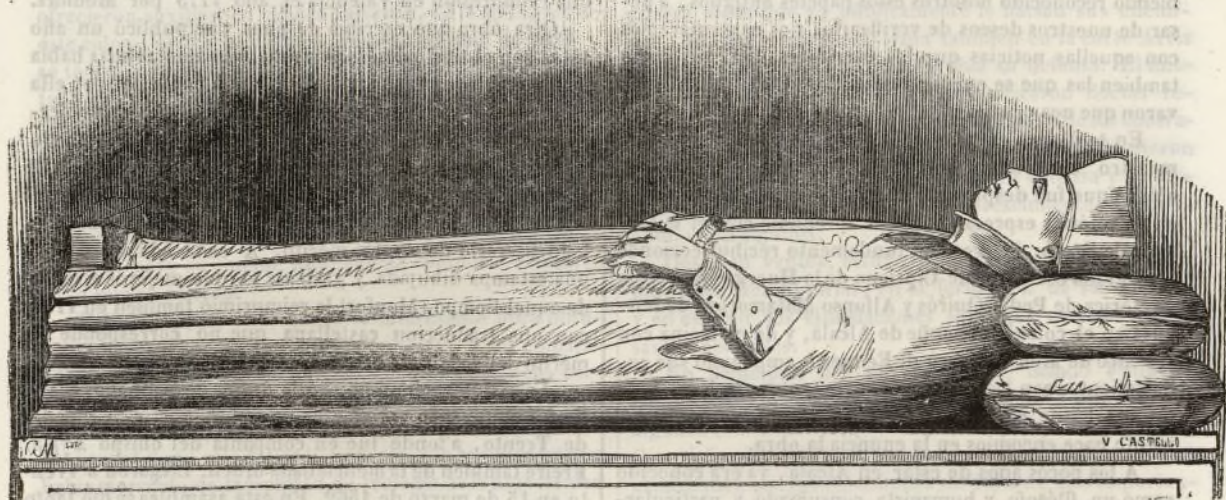


ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



SEPULCRO DEL DOCTOR BENITO ARIAS MONTANO.



Entre los numerosos escritores del siglo XVI que mashonran á España, ocupa un lugar preferente el doctor Benito Arias Montano, varon insigne, filósofo distinguido, profundo teólogo, poeta laureado, el humanista mas grande de su tiempo, y cuya vasta erudi-

cion ha hecho que su nombre haya venido pronunciándose de generacion en generacion, con orgullo, respeto y admiracion.

Nació el año de 1527 en Fregenal de la Sierra, pueblo en lo civil del reino de Sevilla, y en lo espiritual del obispado de Badajoz. Sus padres, Benito Arias Montano y Francisca Martin Boza, que gozaban en la villa de calidad y nobleza, le dieron en sus primeros años una educacion sumamente esmerada. Pocas noticias se conservan sin embargo, de esta época; algunos escritores creen, que siendo aun muy jóven fué mandado por sus padres á Sevilla, y que en esta ciudad estudió las humanidades, la física y astronomía, en cuyas materias se hallaba muy impuesto á la edad de quince años, segun refiere en una de sus obras D. Juan Antonio Pellicer. Segun su opinion, pasó de corta edad á Sevilla, en donde su padre tenia muchos amigos, especialmente á Gaspar de Alcocer, en

cuya casa infiere estaria hospedado mientras estudió la gramática y filosofia. Añade el escritor citado, que á la muerte del padre de Arias Montano, lo amparó en sus estudios D. Cristoval Valtodano, canónigo y provisor de Badajoz por los años de 1544, y despues arzobispo de Santiago. A pesar de esto, no aparecen entre los documentos de la secretaría de la universidad de Sevilla mas que las matrículas de dos cursos de filosofia correspondientes á los años de 1546 y 1547, en cuyo último tiempo contaba ya la edad de 20 años.

Pasó despues á la de Alcalá de Henares á continuar sus estudios, en donde creen todos los que se ocupan de la vida de este célebre literato, estudió teología, lenguas, amplió sus conocimientos y terminó su carrera literaria. Segun manifiesta D. Tomás Gonzalez Carvajal en el elogio histórico que hizo de Arias Montano, é insertó la Academia de la historia en el tomo 7.º de sus Memorias. no consta en la universidad de Alcalá mas que su grado de bachiller en artes, un curso de filosofia natural, el acto llamado de responsiones magnas para el de licencia presidido por el doctor Serrano, y dos cursos de teología en los años 1551 y 1552, «á esto se reducen, añade, todas las memorias que de este grande hombre se encuentran hoy en aquella universidad donde tantas debiera haber.» Atribuye esta falta de noticias á llevarse á su casa en lo antiguo cada secretario de aquella universidad los libros en que habia actuado, los que miraba como ba-

cienda propia. El erudito académico fué en esto mal informado puesto que todos los documentos de aquel tiempo se conservan y existen bien arreglados en el archivo de la secretaría de la universidad de esta corte, en donde no será difícil encontrar las noticias que con razon deploraba no hallar el señor Gonzalez Carvajal. No habiendo reconocido nosotros estos papeles antiguos, á pesar de nuestros deseos de verificarlo, nos contentaremos con aquellas noticias que los escritores dan, así como tambien las que se encuentran en las obras del insigne varon que nos ocupa.

En teología, ademas del doctor Serrano, tuvo por maestro al célebre doctor D. Andrés de la Cuesta, obispo que fué despues de Leon, y á quien tanto elogia en su retórica cuando haber aprendido con él la teología de Scoto. Se cree con fundamento recibió lecciones de sagrada escritura de Cipriano de la Huerga, de poesía y retórica de Pedro Quirós y Alfonso Matamoros, de lenguas en el colegio trilingüe de Alcalá, y de medicina con el Pedro de Mena, médico de Felipe II, ampliando sus conocimientos con las esplicaciones de tantos otros célebres profesores de aquella universidad, y de los que justamente hace encomios en la enuncia la obra.

A los pocos años de estar en Alcalá, ya era conocido como un filósofo y humanista consumado y particularmente como poeta latino. Grande efecto debian producir sus poesías en los hombres célebres que habia entonces en aquella ciudad, y en la juventud que concurría á sus aulas, que inauguraron para él un premio que hasta entonces no habian dispensado á ningun otro. En el año 1552 fué laureado poeta en el gimnasio de la universidad con gran pompa y solemnidad. Ignórase ahora á qué se reducía este grado académico, pero no puede ser otra cosa, que la coronacion de un poeta á semejanza de las que se hacian en aquel tiempo con frecuencia en algunas ciudades importantes de Italia. Una distincion decretada espontáneamente y por aclamacion al génio y al talento. Lisenjera debia ser al jóven Arias Montano esta particular muestra de aprecio y estimacion de todo un cuerpo científico que contaba con los varones mas célebres de España, ella le estimularia sin duda extraordinariamente á estender sus conocimientos, y contribuiría no poco á hacer de este escolar uno de los sábios mas distinguidos de su tiempo.

Despues de esta época se dedicó á escribir la célebre obra de que ya hemos hablado. Una retórica, que en elegantes versos latinos empezó á escribir en Sevilla, imitando en ella algunas veces, y escediendo otras á los mas célebres poetas latinos. Trata de una manera nueva una materia tan conocida, con tal amenidad y gusto, que aun cuando no hubiese publicado otros trabajos de mas importancia y valía, se hubiese conservado en nuestros tiempos la reputacion de su gran talento. Esta obra es tambien un monumento de gloria para la universidad de Alcalá, puesto que en ella nos dá con oportunidad noticia de los grandes hombres que poesía en aquella época, y digna tambien de estudiarse por los que se dediquen á la historia de la literatura de aquellos tiempos, por las noticias y reseñas curiosas que contiene. No la concluyó

sin embargo por entonces, sino algunos años despues en San Marcos de Leon, siendo ya caballero profeso de la órden de Santiago, cuyo hábito recibió en 1560 en el mismo convento, habiendo hecho antes las correspondientes pruebas en Fregenal de la Sierra. Se dió á luz esta retórica en Francfort en 1572, de la que se hizo una reimpresion en Valencia el año 1775 por Monfort.

Otra obra que escribió despues y se publicó un año antes con el título de *Monumentæ humanæ salutis* habia hecho ya inmortal su nombre como poeta, y por ella mereció el renombre del Horacio español. Es una coleccion de setenta y dos odas latinas en que trata de un modo digno y elegante los misterios de nuestra religion. El célebre impresor Plantino la publicó en Amberes en el año de 1571 con todo el lujo que correspondia á un trabajo literario de tanto mérito. A cada oda acompaña una estampa dibujada y grabada por los mejores artistas de aquel tiempo. Monfort la reimprimió tambien en 1772 con una traduccion castellana que no corresponde al mérito del original.

Apenas llevaba un año en la órden de Santiago, cuando fué nombrado por su Capítulo para asistir al concilio de Trento, á donde fué en compañía del obispo Ayala. Freire tambien de la mencionada órden. Llegaron á Trento en 15 de marzo de 1562. En esta asamblea se dió tanto á conocer por su elocuencia, ciencia y doctrina, que puede asegurarse que su estancia en ella fué para él una continua ovacion.

A su regreso á España se retiró á la Peña de Aracena, soledad deliciosa en donde se dedicaba á la meditacion y al estudio, particularmente á el de las sagradas escrituras, empezando allí á escribir algunos de los comentarios y esposiciones que publicó despues, y que llamaron justamente la atencion de toda la Iglesia católica por su doctrina y erudicion.

Felipe II le nombró su capellan en 21 de febrero de 1566, y le hizo abandonar aquel retiro, que tanto amaba. La corte, empero, no lo distrajo de sus estudios, como lo prueba la continuada publicacion de sus escritos.

Una comision importante, grave, que se le encargó y cuyos trabajos literarios llevó á cabo felizmente, manifiestan mas que todo la alta reputacion que se merecia y los sábios y profundos conocimientos que poseia. La Biblia poliglota que el cardenal Cisneros hizo trabajar é imprimir en Alcalá, se habia hecho rara. Quería reimprimirla con algunas mejoras y con mejores y mas hermosos caracteres el ya mencionado Cristoval Plantino, impresor de Amberes, solicitando para ello la proteccion de Felipe II y el anticipo de seis mil ducados para la compra de papel. Conociendo la utilidad de esta propuesta, la hizo examinar el Rey por el Consejo supremo de la inquisicion, dando al mismo tiempo comision á Arias Montano para que fuese á Alcalá y conferenciase sobre este grave asunto con los doctores de la facultad de teología de aquella universidad. «Examinado allí, dice el señor Gonzalez Carvajal en su escelente memoria antes citada, el pensamiento, y aprobado y aun aplaudido y recomendada su ejecución eficazmente por aquellos teólogos, con pare-

cer y aprobacion del mismo consejo, resolvió el Rey que se hiciese la edicion por Plantino, pero bajo la direccion de Arias Montano.» Así lo dice tambien la instruccion que le dió este monarca al marcharse á Amberes.

En Bélgica fué perfectamente recibido, y los doctores de la famosa universidad de Lovaina, á quienes se presentó, celebraron mucho la comision que llevaba y le ofrecieron auxiliar, en cuanto pudiesen, en la ejecucion de este colosal proyecto, que se empezó en julio de 1568 y se terminó en Marzo de 1572. La magnífica edicion de esta biblia régia se consideraba entonces por su belleza tipográfica como un milagro del mundo, y así solian designarla algunos.

Habia escedido á la Complutense en tanto grado, que no era una repeticion de esta biblia, por las importantes adiciones, mayor correccion y sábios y profundos tratados que para su mejor inteligencia compuso é insertó en la nueva edicion.

Felipe II queriendo que esta interesante obra obtuviese la aprobacion del Pontífice, encargó á su embajador en Roma D. Juan Zúñiga la solicitase de aquella corte; para lo cual habia de remitir Arias Montano una relacion de todo lo hecho y de la diligencia y esmero con que se habia procedido en este delicado negocio, y la aprobacion que habia merecido de la facultad de teología de la universidad de Lovaina. No quiso acceder la corte romana, diciendo que si querian su privilegio y autorizacion, que remitiesen todos los trabajos hechos y que allí se examinarían. Hubo de ir á Roma Arias Montano con su biblia á contestar á cuantos reparos quisieran hacerle. A pocos dias de llegar consiguió la aprobacion solicitada, siendo recibido en aquella corte como merecia por su alta reputacion y extraordinario talento. Conseguido el objeto que le habia llevado á la capital del mundo cristiano, regresó á Flandes, en donde fué recibido con entusiasmo por las corporaciones científicas y hombres ilustrados de aquellos estados. Todavía conservan de él una memoria que enseñan con religioso respeto, la silla en que se sentaba cuando trabajaba en la edicion de la biblia régia.

Habiendo recibido la licencia que tenia solicitada del Rey para regresar á España, hubo de suspender su marcha á consecuencia de una carta, que le escribió el famoso Pedro de Fuentidueña, en que le daba noticias de haber sido acusado ante la inquisicion por Leon de Castro, catedrático de Salamanca, de haber estampado en su biblia la traduccion de Pagnino, dándole, segun él, mas autoridad que á la Vulgata declarada auténtica por el concilio de Trento: haber agregado en ella varios tratados con el título de *Aparato* que eran tomados de los rabinos, y haber preferido en muchos lugares á la Vulgata otras lecciones. Le aconsejaba en la misma, solicitase en Roma la avocacion de este negocio á la Santa Sede, como causa mayor en que ella sola debia decidir. Así lo hizo, marchando otra vez á aquella ciudad para conseguir con mas facilidad lo que justamente pretendia.

Antes de concluirse la edicion, ya habia Leon de Castro denunciado dos veces á Arias Montano, pero sin resultado alguno. Esta vez ayudado de otros doctores de Salamanca consiguió lo que su envidia no habia po-

dido antes. No podia perdonar á Arias Montano el haber sido nombrado para una comision de tanta gravedad, ni los doctores de Salamanca el no haber sido consultados sobre la misma. Esta fué la verdadera causa de sus persecuciones, de tratarle de judaizante y fautor de herejes. Estuvo en Roma cerca de año y medio sin conseguir nada, conservándose aquella corte neutral en la guerra sorda que ya públicamente le hacian sus enemigos. Amigos y valedores tenia tambien en la corte Arias Montano que tomaron como propia su defensa. El mismo Fuentidueña y Pedro Chacon publicaron doctas refutaciones contra las calumniosas acusaciones de los contrarios de su sábio amigo. Vuelto este á España le dieron traslado de la causa, á la que se unió su defensa y se terminó en 1580 por medio de un sobreseimiento, segun la opinion de algunos.

Desde su venida, estuvo ocupado en el arreglo de la biblioteca del Escorial, en la formacion de sus indices, y en escribir sus elucidaciones sobre los escritos de los santos apóstoles.

En principios del año de 1578 le mandó Felipe II con una mision á Portugal al parecer sobre negocios de algunos comerciantes; pero como dice muy bien Gonzalez Carvajal, este debió ser un pretesto ostensible y que el asunto para que fué enviado era sin duda de mas importancia, «mayormente, añade, viendo que algun tiempo despues trabajó en Guadalupe un dictámen sobre la sucesion á la corona de Portugal.» Visitó y tuvo con el Rey de esta nacion largas conferencias; pero los asuntos que le tenian en su corte los disimuló bien en su presencia, puesto que le aseguró en la primera visita que ningun negocio tenia en aquel reino mas de visitar algunos amigos suyos y compañeros de sus estudios. Pocos dias sin embargo estuvo en Lisboa, los cuales no pasaron de siete á ocho, y regresó terminada su comision, cuyo verdadero objeto todavia se ignora. Volvió al Escorial desde donde en 1579 partió para su retiro de la Peña de Aracena. En este sitio escribió, para vindicar su edicion de la biblia de las malignas acusaciones de sus enemigos, un tratado con el título de *Hebraicorum librorum scriptione et lectione*. Un comentario al libro de Josué y diversos otros comentarios. En setiembre de 1582 dejó la Peña de Aracena, que durante su estancia habia mejorado y convertido en un verjel, para asistir al concilio de Toledo convocado por el arzobispo cardenal Quiroga.

Concluido el concilio se dirigió al Escorial y volvió á ocuparse del arreglo de su biblioteca, permanecié en este monasterio algunos años ocupado constantemente en la redaccion de sus importantes obras; y para que su destino de capellan del Rey no le fuera un obstáculo para poder dedicarse con tranquilidad á sus estudios, hizo renuncia en 14 de setiembre de 1584 de esta plaza. En 1586 marchó á Sevilla con el ánimo de pasar allí el último tercio de su vida, desde donde le hicieron venir dos veces á la corte y al Escorial para asuntos de importancia. En el año de 1592 volvió por último á Sevilla á servir el priorato de su orden para el que habia sido dos veces elegido por aquel convento.

No es nuestro ánimo enumerar el catálogo de las nu-

merosas y excelentes obras que escribió, de las cuales muchas se han publicado y algunas otras se conservan aun inéditas; remitimos á los que deseen tener estas noticias á la biblioteca de D. Nicolás Antonio y al elogio que de este insigne varon escribió el Sr. Gonzalez Carvajal.

Antes de concluir, diremos algo acerca de su título de doctor y de algunas comisiones diplomáticas que le encargaron y de que tampoco se tiene una noticia completa.

Después de terminados sus estudios en Alcalá usó siempre el título de maestro y jamás el de doctor, el cual no se le vemos usado en las comunicaciones y despachos reales hasta el año de 1566, dos años después de haber vuelto á España después de concluido el Concilio de Trento. Esto hace presumir fundadamente que alguna universidad de Italia ó España, queriendo darle una prueba de lo que estimaba los talentos del que aclamaron en aquella célebre asamblea como el máximo doctor Gerónimo, le mandarian las insignias y borla de aquel grado.

En Flandes tenia comision del gobierno de inquirir y manifestar las causas del disgusto y fermentacion que allí se notaban é informar lo conveniente para poner sobre ello pronto remedio. Los gobernadores de aquellos estados tenian orden de Felipe II de aconsejarse de él en todos los negocios áridos. Arias Montano negoció el matrimonio de Madama Dorotea, sobrina del monarca español, con el hijo del Duque de Cleves. Segun la Calenda necrológica del convento de San Marcos de Leon, fué enviado á Francia de orador y á Inglaterra de nuncio ó embajador de paz. Tenemos el sentimiento de no poder saber á que hacian relacion estas comisiones que sin duda desempeñó.

Arias Montano pensaba terminar sus dias en la Cartuja de Sevilla, tomando en ella el hábito de monje que tenia solicitado y concedido. Próximo á llevar á efecto este designio se sintió gravemente enfermo. Traslado por un amigo suyo á casa de Doña Ana Nuñez, señora con quien tenia algun parentesco, se agravó su enfermedad y falleció el día 6 de julio de 1598, á las tres y media de la tarde, á los setenta y un años de su edad.

Depositado su cadáver en una caja de plomo, metida dentro de otra de cedro con cubierta tambien de plomo, se le dió sepultura en su convento de Santiago de la Espada.

Sus amigos, que cuidaron de hacerle un digno funeral, pusieron en la caja esta inscripcion:

IN SPEM RESURRECTIONIS
BENEDICTI ARIE MONTANI VIRI CHRISTIANA
PIETATE DOCTRINA MORUM,
SANCTITATE CLARISSIMI SACRARUM
SCRIPTURARUM EX DIVINO DONO
INTERPRETIS EXIMII OSA AMICI CONDIDERE.
A. D. M.D.XCVIII.

En 1605 se trasladó su caja á un nicho al lado de la epístola, cubriéndose con una losa, en que está el busto de este sábio varon con el hábito é insignias de su orden. En lo bajo hay otra inscripcion de muy escaso mérito

literario, en que se elogian sus virtudes y talentos. En 1811 se trasladaron sus restos y sepulcro á la iglesia catedral, y en 1816 se restituyó á su antiguo convento.

Al suprimirse las órdenes monásticas en esta última época, se han trasladado tambien los restos mortales de Arias Montano con su sepulcro á la iglesia de la Universidad de Sevilla, salvándoles de la destruccion que les amenazaba. Reposa ahora este insigne literato al lado de los Suarez de Figueroa, Perefranes, Duartes, Enriquez de Ribera, Ponces de Leon, Arguijos y otros señalados y distinguidos varones.

MADRID ARTISTICO.



San Gerónimo.

Este convento, muy notable por ser el solo edificio importante de arquitectura gótica que nos queda en Madrid, fué fundado primeramente por el rey D. Enrique IV en el camino del Pardo, con motivo de unas justas celebradas entre Madrid y este sitio real, para festejar á un embajador del duque de Bretaña, en cuyas justas defendió un paso D. Beltran de la Cueva, privado del rey, tan á gusto de este, que dispuso levantar en aquel sitio y para memoria del suceso, una iglesia y monasterio de los PP. Gerónimos, con título de Nuestra Señora del Paso: en 1464 se establecieron allí siete religiosos; la esperiencia hizo conocer la insalubridad del parage por su posicion cercana al rio, con cuyo motivo se trasladaron por disposicion de los Reyes Católicos al convento construido en lo alto del Prado, punto que tantas veces ha servido de escena á lances reproducidos en las comedias de nuestros antiguos poetas.

Es la iglesia de una sola nave, bien construida y espaciosa. Los franceses la arruinaron, y destruyeron ó se llevaron las riquezas artísticas que la adornaban; posteriormente ha sido restaurada con sencillez: D. Rafael Tejeo pintó hace pocos años el cuadro del altar mayor. Célebrense en este templo la jura de los príncipes de Asturias, cuyo acto representa nuestro grabado: la de S. M. la reina Doña Isabel II tuvo lugar en él con toda solemnidad, en presencia de los Procuradores del Reino convocados por Fernando VII, el 20 de junio de 1833.

La huerta contigua al monasterio se extiende buen trecho entre las tapias del Retiro, el Museo de pintura y escultura y el Jardín Botánico: contiene muchos olivos, y se halla bastante abandonada.



(Vista interior de San Geronimo.)

La iglesia está cerrada en la actualidad, y el convento inmediato destinado á Parque de Artillería, objeto el mas inoportuno á que podía dedicarse, por la mala disposición del edificio para él, por su situación, y mas que todo por su proximidad á uno de los mas ricos museos de Europa, que cualquier descuido puede hacer desaparecer en un instante por medio de una explosión, tan fácil como temible, en un paraje en que hay depósito considerable de municiones.



(Entrada de San Geronimo.)

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

NOVELA HISTORICA.

V.

La espada.

(Conclusion.)

El religioso rendido de fatiga, concluyó por dormirse en el confesonario. No es necesario describir lo que sufriría el desgraciado Joos durante aquellas eternas horas.

Finalmente, sería la una de la mañana, cuando Don Juan de Vargas volvió á presentarse y mandó al prisionero que le siguiese.

No quedaba ya en el salon inmediato mas que el Duque de Alba; las bugías medio consumidas tocaban á su término, algunas se habían extinguido enteramente, otras solo arrojaban un resplandor sombrío y vacilante.

—¿Se ha confesado este hombre? preguntó el Duque de Alba, y tiró al mismo tiempo de su ancha y larga espada de dos filos que colocó desnuda sobre la mesa.

—Se ha confesado, contestó D. Juan de Vargas con voz casi imperceptible.

—¿Cómo te llamas? continuó el Duque de Alba con acento apagado y ronco, semejante al rugido de la hiena. ¿Cómo te llamas? volvió á preguntar con impaciencia.

—Joos.

—¿Cuál es tu país natal?

—La ciudad de Gante.

—¿No has estado empleado en el servicio doméstico de S. M. Católica el Emperador y Rey Carlos V?

—Le he servido con fidelidad y desinterés.

—¿No te encargó una misión grave cerca de nuestro Santo Padre?

—La he desempeñado á satisfacción de su Santidad y de mi ilustre Señor.

—¿Juras permanecer siempre fiel hasta la muerte á la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana?

—Siempre he sido y seré un religioso católico.

—¿De rodillas!

Joos obedeció, el Duque de Alba tomó su espada.

—Escúchame bien, le dijo, porque esta es la voluntad de mi augusto Señor. Junta las manos, inclina la cabeza y ora con todo el fervor de tu alma.

Levantó su espada, cuyo punta tenía apoyada en el suelo; pero se le escapó de las manos y cayó á sus pies.

—No puedo, dijo, las fuerzas me abandonan. Nunca me ha atormentado con tanta violencia y debilitado hasta tal punto la gota. D. Juan, ocupad mi puesto.

D. Juan cogió la espada con mano fuerte y varonil. Joos cerró los ojos, encomendó su alma á Dios, y aguardó el golpe mortal. Con gran sorpresa suya, la espada le hirió rudamente de plano sobre las espaldas.

—En nombre de la Santísima Trinidad, de S. M. Católica el Rey Felipe II, y en cumplimiento de la promesa que hice á mi ilustre señor el Emperador Carlos V, cuando me mandó llamar á su lecho de muerte para recomendar-me espresamente á Joos, ciudadano de Gante, te hago noble y caballero. Trata de conducirte siempre con lealtad y permanecer digno del honor que recompensa tus buenos y leales servicios. Levántate y ven á recibir de mí el abrazo.

Joos al oír esta feliz é inesperada conclusion, creyó que le abandonaba la fuerza de ánimo que habia conservado en el peligro.

Por un instante, sus ojos se turbaron; estuvo á punto de desmayarse, pero esto fué solo una debilidad pasajera, un momento bastó para triunfar de ella.

—¡Qué es esto! dijo el Duque de Alba cuando fué á abrazarle como exigía el ceremonial, le han agarrado las manos como si se tratase de retenerle prisionero en los calabozos de la inquisición! D. Juan, cortad esas cuerdas con vuestro puñal. Estais enteramente libre, señor Joos, recibid los títulos de propiedad del castillo y señorío de Steen situado á algunas leguas de Amberes y Bruselas. Aquí teneis ademas un crédito de cuatrocientas mil piastras pagaderas por el tesoro real. ¡Dadme vuestra mano antes de separarnos, porque habeis sido un servidor bueno y leal de mi querido Señor!

Joos se alejó tan gozoso como habia entrado triste y desesperado, cuando el Duque de Alba le volvió á llamar.

—Caballero de Steen, le dijo, si quereis uniros á mi persona, encontrareis en mí un Señor generoso, como yo estoy seguro de hallar en vos un fiel servidor.

Joos bajó los ojos, y no contestó.

—Vamos, repuso el Duque de Alba, conozco que me rehusais... idos en paz.

Despues volviéndose á D. Juan de Vargas:

—Acabo, le dijo, de colocar un collar de oro en el cuello de un idiota.

El perro del pastor no sabe mas que defender á su amo. Ponedle en frente de un ciervo, seguro que no se moverá y volverá á acurrucarse en su madriguera.

Difícil si no imposible seria pintar la alegría con que fué recibido Joos por su madre y esposa. Estina y la señora Gertrudis no encontraban oraciones bastantes para alabar á Dios. Joos abrazaba á su muger, á su madre y á su hija. Al mismo tiempo reia y daba gracias á Dios de lo íntimo de su corazon, y á su Señor el Emperador Carlos V, que desde lo alto de los cielos le protegía aun y velaba sobre él.

Despues de algunos dias, la afortunada familia, marchó á tomar posesion del señorío de Steen, cuyo heredero vino á ser con el tiempo Pedro Pablo Rubens.



COSTUMBRES.

UN DUELO.

Entre las infinitas faltas de que adolece el teatro del Circo, como construido que fué para objeto bien distinto del que hoy tiene, y sin que el propietario ni el arquitecto pudieran pensar entonces que andando el tiempo se habia de convertir en el punto de reunion de los *dilectantes* y de la elegancia madrileña, y que bajo su endeble y aguardillado techo hubieran de resonar las voces de los primeros cantantes de Europa, debe contarse en uno de los primeros lugares la estrechez y desnivelado piso de sus mezquinos pasillos. En ellos tuvo lugar el siguiente lance, una de las noches en que Salvi y la Persiani cantaban *La Sonámbula*.

El último acto habia concluido, y D. Modesto de Rivadella se dirigia á la salida conducido por la multitud que llevaba la misma direccion, pero que ganaba muy poco terreno á causa de la muralla de lacayos, de ociosos y de personas que aguardan sus carruajes, que colocada á la puerta se opone á la salida de las gentes. Entre los vaivenes y oleadas tan frecuentes en noches de mucha concurrencia como lo era aquella, un caballero á quien D. Modesto no conocia, pero que segun indicios se habia escedido en el café tomando algo que le habia puesto demasiado alegre, le sentó un descomunal pisoton en la parte mas delicada de su pié izquierdo; y hubo serias contestaciones entre el pisoteado y el agresor dirigiéronse espresiones algo agrias, llegaron á amenazarse y acabaron por entregarse recíprocamente tarjetas con sus nombres y señas de sus domicilios.

A la mañana siguiente D. Modesto dirigióse á buscar á un amigo, le contó la disputa con pelos y señales y le entregó la tarjeta de su contrario para que pasára á entenderse con él y arreglar el negocio.

—¿Qué clase de sugeto es? preguntó el amigo.

—Un hombre gordo de patillas rubias.

Marchó el amigo á ver al hombre gordo de patillas rubias; al cabo de una hora volvió de desempeñar su comision.

—Vamos ¿qué hay?

—El negocio está arreglado.

—¿Cómo!

—Con pistola á diez pasos.

—Pero ¿no has podido cortar el lance de alguna manera?

—No amigo, cuando llegué á casa de tu hombre ya me estaba esperando, y él fué quien me abrió la puerta. Caballero, le dije, ¿es V. Don?...

—Si señor.

—Vengo de parte de....

—Ya lo sé, está bien; se trata de la disputa del Circo, ¿no es cierto?

—Si señor.

—Bien, ¿qué armas elige su amigo de V.?

—Pero caballero yo creo que....

—Nada, absolutamente nada quiero oír, su amigo de V. se ha conducido de tal modo que no puedo aceptar excusas.

—Ya comprendes que yo le respondería con arrogancia, que no llevaba semejante comision.

—Bien y....

—Y....como te decía á diez pasos, con pistola, en las

afueras de la puerta de Atocha, trás de las tapias del Retiro.

—¿Qué diablural es desagradable....

—Sí lo es, pero parece que te escediste.

—¡Estás loco! fué él quien me sacudió un pisoton y me dijo que sino me daba por satisfecho estaba á mi disposicion.

—Sin duda cambias las cosas, porque tu adversario,



acaba de contarme precisamente lo mismo, solo que trocando los papeles.

—Yo te aseguro....

—Vaya no estabas en tus trece.

Efectivamente la sangre se me subió á la cabeza de tal modo, que no sabia donde me encontraba, si le vie-
ra creo que no le conocería.

—Así me parece, por lo menos las señas que me has dado convienen con él como si no le hubieras visto nunca. Me dices que es un hombre muy gordo, bajo y con patillas rubias, y me encuentro con un granadero de seis pies, sin pelo de barba. Pero su coche acaba de llegar, no le hagamos esperar, subamos al que yo he traído y sigámosle.

Ambos carruajes partieron uno trás de otro segun estaba convenido, llegaron al paraje señalado y los dos enemigos se encontraron frente á frente.

Señores, dijo D. Modesto, aquí hay un quid pro quo, no ha sido con el señor con quien yo he tenido la cuestion anoche.

—Cállate, le replicó por lo bajo el amigo, tú no estabas entonces en estado de distinguir.

—Pero el señor no es con quien yo cambié mi tarjeta

anoche á la salida de la ópera, interrumpió el adversario.

—A la entrada repuso D. Modesto.

—A la salida.

—No, á la entrada.

Calla hombre, volvió á decirle el amigo, no ves que tú estabas arrebatado.

—Me pegó V. tal pisoton.

—Es decir, me le pegó V. á mí.

—No, al contrario.

—Perdone V. estoy enteramente seguro.

—En fin, sea cualquiera el que esté equivocado, el hecho es que nos hemos citado para concluir este negocio como hombres de honor, con que no hay quid pro quo. Señores, carguen VV. las armas. Es original, yo hubiera creído que era V. mas grueso.

—Yo hubiera jurado que estaba V. extraordinariamente obeso.

—Caballeros, á sus puestos, dijeron los testigos.

D. Modesto se colocó frente á su adversario y echó mano al bolsillo del patalon, sacó la tarjeta de su enemigo y habiéndola vuelto á leer dijo: tire V. señor Don Francisco Perez.

—No, replicó este, yo no tiro jamás el primero, em-
pieze V. señor Mendoza.

—¿Cómo Mendoza?

—¿No es ese el apellido que he visto en la tarjeta de V?

—No señor.

—Vamos á ver.... aquí está.

—Esa no es mi tarjeta, yo me llamo Modesto.

Los testigos se aproximaron. ¿Qué quiere decir eso?

—Sin embargo el resultado es que á la salida del Cir-
co, un hombre me sacudió un pisotón y nos desafiámos.

—Pues eso, dijo Perez, es exactamente lo que me ha
sucedido á la entrada en el teatro.

—El sugeto con quien tuve la cuestion era gordo,
bajito, con patillas rubias.

—El mio gordo, bajito y nosé si tenia las patillas rubias.

—El hombre que me pisó daba señales de estar á me-
dios pelos.

—Yo no me atrevia á decir hasta que punto lo estaba
el mio, porque creia era V.

A fuerza de esplicaciones concluyeron por compren-
der que el señor Mendoza, el obeso desconocido, habia
tenido una disputa y un desafio con D. Francisco Perez
á la entrada del teatro, y que á la salida renovó la
misma escena con D. Modesto Rivadalla, pero en lugar
de cambiar con este su tarjeta, le habia dado la que el
susodicho D. Francisco Perez, le entregó á la entrada.

—Ha sido un error, dijo D. Modesto; ¿pero dónde vi-
ve ese hombre?

Perez volvió á leer la tarjeta, no tenia señas.

Mas bien que un error, observó el amigo de D. Mo-
desto, es una leccion de prudencia; el incógnito habrá
pensado, que si se encontraban dos hombres bastante
locos para llevar á tal extremo semejante disputa, ellos
eran quienes debian batirse.

CRONICA.

*. Como en nuestro anterior número anunciamos, el tea-
tro del Museo se ha inaugurado poniendo en escena una produc-
cion del Sr. Asquerino, titulada *Venganza de un caballero y ju-
ramento de un Rey*; el argumento es interesante y el drama se
halla muy bien versificado, el público le aplaudió llamando á su
autor á la escena; los principales actores trabajaron bien y fue-
ron merecedores de los aplausos que asimismo se les dieron;
tambien fué llamado á la escena el pintor de una lindisima deco-
racion de muy buen efecto, que figura con admirable propiedad
una cascada en medio de un pais nevado, así como el Sr. Mon-
temar autor de la graciosa pieza titulada *El ventorrillo de Alfa-
rache*, que desempeñaron con perfeccion todos los actores que en
ella tomaron parte. Posteriormente se ha puesto en escena en este
teatro *El espia sin saberlo* y *Retoscon*, piezas cuyo desempe-
ño mereció repetidos aplausos. Se preparan varias obras dramáti-
cas originales, siendo la primera que parece se pondrá en escena,
una histórica, bajo el titulo de *Un motín en tiempo de Esquilache*.
La buena situacion del teatro del Museo, el desahogo y comodi-
dad de todas las localidades, el gusto que se advierte en su adorno,
el esmero con que se ponen hasta ahora en escena las funciones
y el precio económico de los billetes, son circunstancias que
hacen presagiar un resultado lisonjero para la empresa.

*. Vamos á hacer algunas advertencias al teatro del Institu-
to. Bien sabemos hasta donde pueden llegar las exigencias en un
coliseo de la gerarquía del que nos ocupamos, y tratándose de
una compañía de la índole de la del Instituto; pero creemos que
no por ser de segundo orden los teatros, estan dispensados de
descuidar la correccion de defectos de facilísimo remedio. Figura

en primer lugar la falta de ensayos que se nota en las represen-
taciones de las óperas; de esto se sigue que la voz del apuntador,
nada agradable por cierto, precede siempre á la del cantante; por
otra parte el director de orquesta lleva el compás con el arco del
violin aun en las ocasiones en que canta una persona sola, de
una manera que no deja oir la orquesta; cosas que si son de
mal efecto para los que estan cerca de la escena en los teatros
grandes en que hay necesidad de valerse de este medio, no pue-
den disculparse en el Instituto cuyo foro es de pequeñas dimen-
siones, y en el que por consiguiente si está bien ensayada la ópera
no necesitan los cantantes el auxilio constante y estrepitoso del
apuntador, ni la orquesta de la ayuda ruidosa del director poco
á propósito para conservar la ilusion de los espectadores y para
que estos formen una idea de los individuos que la componen.
Tambien advertimos descuido en el servicio de la escena y en los
trajes; en la representacion de *Las cárceles de Edimburgo* el te-
lón de la primera decoracion estaba lleno de lamparones de aceite
y de rozaduras que acabarán de completar el mal efecto de unas
manchas cenicientas con que el pintor soñó figurar montañas;
tambien aconsejariamos á la empresa que mandara quitar las enor-
mes tachuelas de que se halla sembrado el teatro, desde que las
colocaron para poner las colgaduras en los bailes de máscara.
Hacemos estas observaciones al Instituto, porque quisiéramos que
se evitáran faltas que parecen insignificantes y no lo son, y por-
que deseamos se conserve su ventajosa posicion entre los teatros
de segundo orden.

*. En el teatro del Principe se ha puesto en escena *Lady
Seimour*. Si continúa habiendo el mismo tino que hasta aqui en
la eleccion de producciones, si estas siguen poniéndose en esce-
na con el descuido que *Lady Seimour*, escusado será que clame-
mos en defensa del teatro Nacional y con injusticia tachariamos el
gusto del público que prefiere ver hacer piruetas á escuchar
monstruosidades repugnantes y ejecutadas con un descuido indis-
culpable, porque al fin menos mal resultado se saca de lo pri-
mero que de lo último. Si se quiere que prospere el teatro Nacio-
nal procédase con acierto en la eleccion de producciones, ensá-
yense bien y rodéesetas de todos los adherentes que tanto brillo
dan á las funciones y á los cuales se ha acostumbrado ya el pú-
blico. Por nuestra parte estamos resueltos á no perdonar la falta
de ensayos, la pobreza en la escena y la torpeza y ridiculez en
la maquinaria.

*. Hase repetido de nuevo en el Circo *El diablo enamorado*,
baile fantástico en que la Guy y Petipa fueron aplaudidos con
frenesí, tanto en la mazurca bailada de un modo inimitable, co-
mo en el Jaleo de Jerez ejecutados ambos por la primera: distin-
guióse tambien el Sr. Moné, á cuyo cargo estaba la parte mimica
del Sultan que hay en el tercer acto; á la conclusion del baile el
público hizo salir á las tablas á la Guy para colmarla de aplausos.
Aunque esta composicion coreográfica es ya conocida del público,
de esperar es que la perfeccion con que se desempeña, llevará al
Circo durante algunas noches crecida concurrencia.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los suscritores al *Semanario*, que
adviertan retraso en el recibo de los números 6
que noten cualquier falta en la distribucion del
periódico, pasen aviso al *Establecimiento de los
SS. Gonzalez y Castelló*, calle de Hortaleza n. 89.

La entrega de todas las obras de la casa se
hace á los repartidores con la mayor exactitud:
la del *Semanario* tiene lugar el sábado por la
tarde, y la distribucion á los suscritores debe
quedar indispensablemente concluida antes de
las doce de la mañana de todos los domingos;
el suscriptor que para esta hora no reciba nues-
tro periódico, debe advertirlo en el punto in-
dicado.

Madrid 1846.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de los SS. Gonzalez
y Castelló, calle de Hortaleza, n. 89.